

estructura apriori del género, una realidad que sólo pueda cobrar forma a través del ensayo, definición que quizá se acerca a la de Lukacz, todo ello estableciendo una historiografía. El autor se remite a Bacon quien aclara: *the word is late, but the thing is ancient*²² y se remonta a las epístolas de Séneca a Lucio, para establecer los orígenes del ensayo.

Como ya se ha dicho, Montaigne elige como disculpa un tema cualquiera para expresarnos su punto de vista sobre diferentes aspectos de la vida, proceso que implica una indagación honda sobre sus principios morales, sus emociones, sus conocimientos, lo cual supone un ejercicio de honestidad cuyo resultado debe ser la desnudez del ser interior, *Je m'étudie plus qu'autre sujet. C'est ma métaphysique, c'est ma physique*, nos dice.

Así, parte de una historia personal que inserta dentro de una estructura universal, para evitar caer en lo anecdótico. El tema de los coches en «Los coches» —capítulo sexto del tomo III— es una disculpa para darnos sus opiniones sobre el lujo y la vanidad de algunos monarcas y la sensación de malestar que esto le produce y, al mismo tiempo, dejar oír su diatriba anticolonialista, lamentando que los pueblos americanos no fueran conquistados por los griegos y romanos que, a su juicio, hubieran «disipado dulcemente» su «naturaleza salvaje», y no por los españoles que los doblegaron y empujaron hacia la traición, la lujuria, la avaricia y hacia toda suerte de inhumanidad, de crueldad y de cinismo.

Esta retórica facilita la inserción de su pensamiento en el tiempo, en un proceso que parte de él y va hacia el conocimiento de «sí mismo» en la trama del discurso, de modo que la experiencia personal es a menudo la piedra de toque de la verdad. Pero tal argumentación, no exenta de prejuicios morales e ideológicos, no se considera objetiva desde el punto de vista científico.

Al comparar la forma del ensayo con el método científico, Ortega y Gasset nos dice que es *la ciencia, menos la prueba explícita*²³. A Montaigne no le interesa demostrar nada, él sólo pretende exponer una idea y desvelarla a los otros. La subjetividad de esta forma de conocimiento es entonces relativa, pues lo que nos muestra de su experiencia personal con los coches está inserto dentro del concepto del lujo, como expresión de poder, de ciertos imperios, actitud que, a la vez, justifica despotismo y el sometimiento de otros, principio en que se apoya una determinada política colonialista.

Esta actitud frente al conocimiento es retomada por la fenomenología que no pretende demostrar nada, sino invitar a ver, exponiendo las cosas desde una perspectiva determinada. En el ensayo, como señala José Olivio Jiménez, «(...) todo depende del enfoque, no del tema»²⁴, es decir, los marcos de una historia del ensayo están dados «por la presencia de cier-

²² Citado por Morón Arroyo, Ciriaco; Op. cit., p. 6.

²³ Ortega y Gasset, José, *Meditaciones del Quijote*, Madrid, Espasa Calpe, 1978, p.

²⁴ Jiménez, José Olivio, *Breve historia del ensayo hispanoamericano*, Madrid, Alianza, 1990, p. 13.

tos elementos intrínsecos que tienen que ver con el modo en que un escritor piensa su asunto».

Entre tanto, el método científico de conocimiento, que se apoya en la experiencia y en la observación, va abriéndose paso hacia el Siglo de las Luces en la época de Montaigne, por lo que resulta curioso que en un momento en que las ciencias avanzan más allá de las fronteras, el autor de *Essais* se repliegue en su interior e indague en las profundidades de su ser otro tipo de saber que va del logocentrismo a la escritura en el tratamiento de los temas éticos y morales (o psicológicos), en un diálogo entre el yo y el mundo circundante, de modo que la existencia se va desvelando a sí misma en la escritura.

El ensayo, como afirma José Olivio Jiménez, «cuestiona la verdad establecida, abre fronteras y niega las formas sacralizadas del conocimiento (incluso la propia, pues el ensayo se interroga a sí mismo), cuestionamiento que las enriquece y les da nueva vida»²⁵. Esa flexibilidad del género permite el libre fluir de las ideas, abre camino a las especulaciones filosóficas, acerca muchas veces la palabra al poema y hace del proceso del conocimiento una grata y arriesgada aventura. «Antidogmático, asistemático y con frecuencia herético», al decir de J.O.J., el ensayista, se convierte muchas veces en la conciencia de su tiempo.

La literatura hispanoamericana nos ofrece una notable cantidad de ejemplos en los que la lucidez del autor destaca tanto como su virtuosismo en el manejo del idioma, como si el hecho de indagar sobre el pasado y el presente, se convirtiera en un ejercicio poético. Desde Mariano Picón Salas hasta Octavio Paz, la pregunta por el ser es prácticamente un ejercicio poético a través del cual se construye la imagen de esa *América mágica* que Arciniegas descubre al reinterpretar los hechos del pasado, al estilo de Montaigne, como en *América tierra firme*, donde toma como disculpa el tema de las puertas y los cerrojos, para ilustrar los hábitos de la sociedad colonial hispanoamericana y expresar su inconformidad ante la tendencia de ciertos estudiosos de Hispanoamérica que suelen generalizar desde los parámetros europeos.

El autor de un ensayo pone emoción en sus ideas e intenta confesarse y persuadir haciendo gala de su maestría en el manejo del lenguaje. Esta literatura de tipo confesional pone de manifiesto el carácter del ensayista, que quiere convencer con su exposición, ganar adeptos para su causa y hacer arte —porque pone a su servicio todos los recursos de la estética—, pero, ante todo, quiere como un Mesías, poner su experiencia al servicio de los otros. ¿Vanidad?, ¿humildad?, ¿ausencia de pudor?, ¿autorreferencialidad?, ¿qué ocultas razones empujan a un escritor a desnudarse ante sus contemporáneos?

²⁵ Jiménez: 1990, p. 13.

El clima de las vanguardias europeas, tan favorable al ensayo hispanoamericano, aportó, entre otras cosas, un nuevo concepto del ser humano. El descubrimiento del inconsciente por parte de Freud y la concepción marxista de la historia, introdujeron cambios fundamentales en el tratamiento de los temas sociales. Si el positivismo estableció una relación directa entre el ser humano y el medio ambiente en el que se desarrolla, el psicoanálisis y el marxismo ofrecieron nuevos elementos para explicar el devenir de los pueblos desde un inconsciente colectivo.

Un historiador como Waldo Frank²⁶, que tanto influyó en autores como Arciniegas, presenta los hechos desde diferentes perspectivas: la del indígena, la de los colonizadores, la de los misioneros, la del mestizo atrapado en el problema de su identidad: «En el mestizo, España y América se unen por primera vez. Y la unión es la guerra. Dos voluntades del mundo se encuentran y se vuelven una con otra. Ninguna puede prevalecer y ninguna puede morir»²⁷. Esta condición dual del mestizo se convierte en un motivo de reflexión a partir del cual se explican los conflictos de la sociedad hispanoamericana, desde Garcilaso hasta Paz.

Abordar el tema del mestizaje desde la perspectiva de un americano, como ocurre con Arciniegas, implica desvelar el ser interior y abrir una vía para el conocimiento de ese ser americano que se define, siempre en relación a Europa y a los Estados Unidos. Las relaciones con lo europeo, como se ve, suscitan grandes polémicas entre los ensayistas. Mariátegui, Alfonso Reyes y Baldomero Sanín Cano, difunden las corrientes europeas en Hispanoamérica. Este último, como bien señala, José Olivio Jiménez, es una figura por descubrir. Con una visión más moderna que la de muchos de sus sucesores, frente a lo europeo, el colombiano Sanín Cano señala que hay valores «distintos de los nuestros», pero no por ello pueden negarse. Su crítica al concepto de lo «exótico» muestra una actitud abierta y una clara percepción de que las ideas cambian y evolucionan, afectando a las diferentes áreas del saber. Los valores europeos, desde su punto de vista, no son los únicos aceptables.

José Luis Martínez en *De la naturaleza y el carácter de la literatura mexicana*, (1960), resuelve este antagonismo entre lo europeo y lo americano explicando que América es una síntesis entre las culturas indígenas y la española y europea como dos brazos que pertenecen a un mismo cuerpo. De este modo presenta como complementarias dos vertientes que se han visto como opuestas. Vasconcelos proclama con entusiasmo la creación de una raza cósmica. Rodó también se reconoce como herencia de España, en tanto ésta es distinta de Norteamérica y de la cultura anglosajona.

Germán Arciniegas comparte con matices estos puntos de vista, ofreciendo argumentos sugestivos. Se trata de una mirada que se centra más

²⁶ En América hispana, un retrato y una perspectiva, Madrid, Espasa Calpe, 1932, una traducción de León Felipe, el historiador explica el complejo comportamiento de los indígenas de los Andes en un «no querer» con el que expresa su rechazo hacia los civilizadores.

²⁷ Frank: 1932, p. 48.

en lo que América le aportó a Europa que en lo que ésta legó. Al igual que Sanín Cano, considera que los valores europeos no son los únicos válidos y que, por el contrario, son los menos indicados para explicar lo americano, que no puede ser interpretado desde la lógica, sino desde la magia y la poesía —lo mismo defiende Carpentier—.

Después de la Segunda Guerra Mundial empiezan a advertirse en Hispanoamérica los síntomas de un conflicto generacional. En Europa, como sabemos, el desencanto y la crisis dan lugar a las corrientes estructuralistas ahistóricas y deshumanizadoras de los procesos sociales. Las estructuras representan las realidades. La irrupción de los medios masivos de comunicación permiten que América descubra el mundo y se descubra a sí misma. La crítica al pasado es despiadada. Hay una suerte de conciencia moral que invade la producción literaria de la década de los cincuenta.

Con la publicación de *El laberinto de la soledad* (1950) Paz rastrea las huellas de la identidad mexicana, penetrando en lo más hondo de la conciencia, reinterpreta los mitos de la cultura maya y azteca. Igual que Arciniegas, Paz se detiene en diferentes períodos de la historia, buscando en ellos la esencia de ese carácter ensimismado y taciturno de los mexicanos. En *América tierra firme*, Arciniegas ya había reflexionado sobre el carácter de los americanos: «¿A qué, preguntará el lector, este dolido recuento de lo que fue la grandeza americana? ¿A qué este rastrear por los subterráneos de la historia, cuando todo aquello se fue a tierra y no tenemos a la vista sino la realidad de una cultura fundada en los principios europeos? No. Nuestra cultura no es europea. Nosotros estamos negándola en el alma a cada instante. Las ciudades que perecieron bajo el imperio del conquistador, bien muertas están. Y rotos los ídolos y quemadas las bibliotecas mexicanas. Pero nosotros llevamos por dentro una negación agazapada. Nosotros estamos descubriéndonos en cada examen de conciencia y no es posible someter la parte de nuestro espíritu americano por silenciosa que parezca»²⁸. Paz señalará la búsqueda del mexicano de una forma que lo exprese y su lucha con entidades imaginarias, con los vestigios del pasado que impiden su realización plena, es decir la lucha del mestizo entre su voluntad de ser y su miedo a ser²⁹.

No cabe duda de que esa búsqueda de una forma de expresión está íntimamente unida a una voluntad de ser que se aprecia claramente en la obra de Arciniegas. En un artículo publicado en 1992 éste confirma la idea de un ser americano en proceso formativo: «El hombre americano en último término va a ser una creación civil de convivencia que al cabo de cinco siglos, reduzca al bárbaro de Europa y al salvaje de lo que se llamó las Indias Occidentales, a convivir»³⁰.

²⁸ Arciniegas: 1937, p. 103.

²⁹ Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, México, F.C.E., 1985, p. 66.

³⁰ Arciniegas, Germán, «Posdata con coletilla de huracán», Bogotá, *El tiempo*, 20 de enero de 1992, en América es otra cosa, Bogotá, Intermedio Editores-Círculo de Lectores, 1992.

Asimismo en Arciniegas la utilización de la gramática, uso de los plurales, de los diminutivos, de formas verbales como «poder ser», «va a ser», «llegar a ser», etc., no obedece a lo que algunos llaman voluntad de estilo, sino a la necesidad de expresar, primero, un concepto del ser humano como proyecto, como posibilidad —no se confunda este concepto con la idea de que los americanos son inmaduros—; segundo, una voluntad de «ser americano»; tercero una necesidad de escapar de las generalizaciones; y, por último, un placer de ser distinto, inclasificable, diverso, plural, indisciplinado, irreverente. Así se asoma al siglo XXI este eterno estudiante de noventa y seis años que aún conserva su capacidad de asombro y su habilidad para volver insólito e irrepetible elementos cotidianos como los cerrojos, las puertas, las ventanas o los bejucos.

Consuelo Triviño